

LA EDUCACIÓN CRISTIANA PARA EL SIGLO XXI. RETOS Y PROPUESTAS

Eudaldo Forment

Catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona

La declaración sobre la educación cristiana del Concilio Vaticano II titulada *Gravissimum educationis* comienza del siguiente modo: “El Santo Concilio Ecuménico considera atentamente la importancia gravísima de la educación”¹. Estas palabras, con las que también quiero empezar mi ponencia en el I Congreso Internacional, *Educación católica para el siglo XXI*, en este nuevo siglo todavía expresan mejor la realidad de la situación de la educación. En un documento reciente de la Sagrada Congregación para la Educación Católica, que preside el cardenal polaco Zenon Grocholewski, canciller de la Pontificia Universidad Gregoriana, titulado “Educar juntos en la escuela católica, misión compartida de personas consagradas y fieles laicos”, se lee:

La rápida y, en ocasiones, contradictoria evolución de nuestro tiempo suscita desafíos educativos que interpelan al mundo de la escuela. (...) La relevancia de estos desafíos emerge del contexto de *complejidad social, cultural y religiosa* en el cual crecen, en concreto, las jóvenes generaciones, y que influye significativamente en sus vivencias².

En estos momentos, el ámbito cultural en el que viven educandos y educadores presenta muchos “desafíos” o retos a la educación. Intentaré seguidamente exponerlos, para ofrecer después algunas propuestas para que la educación católica cumpla su fin, que como se decía en otro documento de la Congregación es “la formación integral mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura”³.

¹ Concilio Vaticano II. Declaración *Gravissimum educationis*, 28-10-1965, proem.

² Congregación para la Educación Católica. *Educar juntos en la escuela católica, misión compartida de personas consagradas y fieles laicos*, 8 de septiembre de 2007, introd.

³ *Ibid.* *La escuela católica*, 19 de marzo de 1977, 26.



1. EL PAGANISMO Y EL NEOPAGANISMO

En el documento citado del 2007 de la Congregación para la Educación Católica, se indica que los principales retos son cuatro: “el desinterés por las verdades fundamentales de la vida humana, el individualismo, el relativismo moral y el utilitarismo”. Se encuentran principalmente en las sociedades desarrolladas y ricas, pero se difunden por todo el mundo gracias a la globalización y las nuevas tecnologías en el ámbito de la información y de los medios de comunicación, que afectan a la vida cotidiana y a la formación de los jóvenes. Además, se añade:

Con el proceso de desarrollo, crece la diferencia entre países ricos y países pobres y aumenta el fenómeno de las migraciones, acentuándose la diversidad de las identidades culturales en el mismo territorio con las subsiguientes consecuencias relativas a la integración. En una sociedad global y diversificada al mismo tiempo, local y planetaria, que alberga modos diversos y contrastantes de interpretar el mundo y la vida, los jóvenes se encuentran ante diferentes propuestas de valores y contravalores cada vez más estimulantes, pero también cada vez menos compartidos. A esto, se añaden las dificultades derivadas de los problemas de estabilidad de la familia, o bien de situaciones de malestar y pobreza, que crean un sentido difuso de desorientación a nivel existencial y afectivo en un período delicado de su crecimiento y maduración, exponiéndoles al peligro de ser “sacudidos por las olas y llevados aquí y allá por cualquier viento de doctrina” (*Ef.* 4, 14)⁴.

A los cuatro retos –del indiferentismo por la verdad y el bien y, en general, por el sentido de la vida; del individualismo, fundado en el egoísmo; del relativismo, en todos los órdenes, y del utilitarismo y pragmatismo–, deben añadirse estos otros tres del pluralismo sin unidad, la crisis de la familia y el desorden material y espiritual. Los siete provocan especialmente en las generaciones jóvenes el desconcierto y el extravío, que les hacen estar a merced de las “olas de doctrinas”, de las que habla San Pablo, y también, como añade seguidamente, sometidos al capricho de “la malignidad de los hombres, que con astucia inducen al error”⁵.

Podría decirse que los jóvenes, a los que hay que educar, viven en un nuevo paganismo. La descripción que hizo el cristiano del paganismo del siglo III San Cipriano (200-259) parece que puede aplicarse íntegramente al mundo de hoy. Tascius Caecilius Cipriano fue “el primer obispo que consiguió en África la corona del martirio”. A los trece años de su conversión, fue decapitado durante la persecución contra los cristianos del emperador Valeriano. Tal como ha recordado en una de sus audiencias Benedicto XVI, “combatió con decisión las costumbres corrompidas y los pecados que devastaban la vida moral”⁶

⁴ *Íbid.*, *Educación juntos en la escuela católica, misión compartida de personas consagradas y fieles laicos*, 8 de septiembre de 2007.

⁵ *Ef.* 4,14.

⁶ Benedicto XVI. *Audiencia general*, 6 de junio de 2007.



de su época con la intención de evangelizarlo. Inmediatamente después de su bautismo, escribió una pequeña obra, dirigida en forma de monólogo a su amigo Donato, en la que le dice:

Imagínate por un momento que subes a la cumbre de un elevado monte, que desde allí diriges una mirada al espectáculo de todo lo que está a tus pies, y que libre del contagio mundano, que la vista extendida en varias direcciones, contemplas las borrascas de este mundo anegado⁷.

Le indica seguidamente la maldad que se puede observar con objetividad –gracias a que se está liberado del ambiente mundano, por la altura en que se ha situado– en los caminos y en las ciudades. Sobre los espectáculos que se ofrecen en estas últimas⁸, escribe:

¡Qué estrago de las costumbres, qué incentivos de las obscenidades, qué pábulo de los vicios! La indecencia de los gestos de los comediantes; ver representar las torpezas e incestos contra las leyes de la naturaleza; hacerse eunucos los hombres; se debilita toda dignidad y vigor del sexo con la ignominia de un cuerpo afeminado; y el que más se haya transformado en mujer, más agrado causa. Cuanto más hábil en torpezas es uno considerado, tantos más aplausos recibe⁹.

También de una manera igualmente extensa y detallada describe el mal de los habitantes de las ciudades, que, sin embargo, hipócritamente los ocultan o condenan.

Si, puesto en aquella elevada atalaya, dirigieras tus ojos a los lugares secretos y pudieras abrir las puertas cerradas de los aposentos y sacar a la luz lo más oculto de las casas! Verías cometer por los impúdicos lo que no pueden ni mirar unos ojos pudorosos; verías lo que sólo el mirar es ya un crimen; verías lo que niegan haber cometido los alocados por el frenesí de los vicios y con todo se apresuran a hacerlo (...) Los mismos que son acusadores en público, en privado son reos, censores contra sí mismos a la vez que delincuentes; reprobaban en lo exterior lo que en lo interior abonaban con sus obras; cometen voluntariamente lo que recriminan después de cometido. Juntan la osadía, además, a los vicios, y la desvergüenza a la deshonestidad¹⁰.

Los males no se terminan con los descritos en esta pequeña obra, que es como un prelude de las *Confesiones* de San Agustín, porque el mismo Cipriano era un convertido

⁷ San Cipriano (1964). *Obras de San Cipriano*. Tratados. Cartas. Madrid: ed. bilingüe, BAC, *Opusculo a Donato*, pp. 106-121, n. 6, p. 111.

⁸ Cf. *Ibíd.*, n. 6-8, pp. 11-113.

⁹ *Ibíd.*, n. 8, p. 113.

¹⁰ *Ibíd.*, n. 9, p. 114.



que provenía de este mundo, al que había pertenecido durante cuarenta y seis años. Continúa describiendo así el cuadro de la sociedad pagana:

Pero después de los caminos llenos de saltadores, después de las luchas frecuentes por todo el orbe, después de los espectáculos sangrientos, obscenos, después de las ignominias de las pasiones, cometidas en lupanares o en el secreto de lugares privados, cuyo desenfreno se aumenta cuanto más secreto es el pecado, quizá te parezca el foro inmune, porque, libre de estas maldades provocativas, queda limpio del contacto de todo género de desórdenes (...) no se salva la honradez ni allí donde se defiende (...) ¿El abogado? Si él es el primero que prevarica y engaña. ¿El juez? Si se deja sobornar a cuenta de la sentencia (...) no hay respeto a las leyes, ningún temor al instructor de causas ni al juez; para qué temer a lo que puede lograrse por cohecho. Es ya un delito ser inocente entre los malos; y el que no imita a los malos, los ofende. Ya contemporizan las leyes con los delitos y empieza a ser lícito lo que es oficial¹¹.

Concluye esta visión del paganismo, que puede considerarse que trasciende un espacio y tiempo concreto, señalando lo que hay detrás de la posesión desordenada de las riquezas y de la vanidad, por ellas o por el poder: la intranquilidad y la inseguridad.

Porque no parezca que elegimos las cosas peores y nos guía el deseo de hacer poner los ojos sobre las cosas que ofenden con su execrable y funesto aspecto la mirada y conciencia delicadas, te mostraré ahora lo que la ignorancia de los mundanos considera bueno. Ahí verás cosas no menos dignas de aborrecerse, eso que crees dignidades honoríficas, esos *fasces*, esa abundancia de riquezas, ese poderío militar, el brillo de la púrpura de los magistrados, el poder ilimitado del príncipe; en todas esas grandezas se oculta el veneno del mal acariciante (...) Cuanto mayores fueron las dignidades y honras buscadas con codicia perniciosa, tanto mayor rédito de penas¹².

2. LA TRISTEZA DEL MUNDO, LA TRISTEZA ESPIRITUAL Y LA TRISTEZA SEGÚN DIOS

Si se profundiza en las raíces de los males de todo paganismo, se descubre la desesperanza. Benedicto XVI, en su encíclica *Salvados en la esperanza*, ha afirmado que: “Un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza” (cf. *Ef.* 2,12)¹³, porque: “quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida” (cf. *Ef.* 2,12)¹⁴.

¹¹ *Ibíd.*, n. 10, p. 115.

¹² *Ibíd.*, n. 11 y 13, pp. 116-118.

¹³ Benedicto XVI. *Spes salvi*, 44.

¹⁴ *Ibíd.*, 27.



En 1988, antes de ser elegido papa, refiriéndose al mundo y la cultura de hoy, Joseph Ratzinger, en una obra en la que enlaza temas filosóficos y teológicos, muestra que, a diferencia de otras épocas, en la nuestra se ha generalizado la desesperación.

En la secularización creciente del mundo, en el que la necesidad de lo infinito del hombre va en vano en contra del muro de lo finito, la desesperación ya hace tiempo que no es una excepción¹⁵.

La desesperación, o defecto de esperanza, que ya no es una anomalía, se define con relación al amor. “La desesperación es la convicción de haber perdido para siempre todo amor, el horror de la total soledad”¹⁶. Nota también Ratzinger que existe toda una tradición, en el pensamiento cristiano, en el estudio sobre los orígenes y las consecuencias de este grave mal. La causa profunda de la desesperación está en lo que en el cristianismo se llama *acidia*.

Si seguimos este análisis, verificaremos con estupor que se trata exactamente de una fotocopia de los problemas de nuestra época (...) Tomás de Aquino (...) ha recuperado la herencia de los antiguos y de los padres de forma magistral, y ha sido capaz de unificarlos. Según él, la raíz de la desesperación se encuentra en la así llamada *acidia*, que nosotros, a falta de una palabra mejor, traducimos por “pereza”, entendiendo en todo caso con este término algo mucho más profundo que la simple pereza, en cuanto falta de voluntad de un hacer activo¹⁷.

Enseña Santo Tomás que la posesión de un bien espiritual proporciona un gozo. Lo opuesto al gozo del bien espiritual es la *acidia*. A su estudio dedica una cuestión en la *Suma teológica*. Comienza indicando que: “La *acidia* se opone al gozo (...) que se tiene del bien divino”. La definición que da de este tipo de disgusto o pena es la de San Juan Damasceno.

Según Damasceno, la *acidia* es “cierta tristeza que apesadumbra” (*Exposición exacta de la fe ortodoxa*, 2, c. 14), es decir, una tristeza que de tal manera deprime el ánimo del hombre, que nada de lo que hace le agrada, igual que se vuelven frías las cosas por la acción corrosiva del ácido. Por eso la *acidia* implica cierto hastío para obrar, como lo muestra el comentario de la *Glosa* a las palabras del Salmo: “Toda comida les daba náuseas” (Sal. 106,18).

¹⁵ J. Ratzinger (2005). *Mirar a Cristo*. Trad. X. Serra. Col. Fondo de lo humano, n. 58, Valencia: EDICER, 2.ª ed. p. 74.

¹⁶ *Ibid.*, 73.

¹⁷ *Ibid.*, 75.



Acidia proviene de “ácido”, de aquello que tiene un sabor amargo, que es corrosivo, o destructivo, y que roe o consume de una manera más o menos gradual. Es una tristeza que produce pena y disgusta, pero no por los males, sino ante los bienes. Precisa el Aquinate que la tristeza, que aparece en la definición, lo es por un bien espiritual.

Hay también quien dice que la acidia es “la indolencia del alma en empezar lo bueno” (*Glossa* de Pedro Lombardo). Este tipo de tristeza siempre es malo: a veces, en sí mismo; otras, en sus efectos. Efectivamente, tal tristeza en sí misma es mala: versa sobre lo que es malo en apariencia y bueno en realidad; a la inversa de lo que ocurre con el gozo malo, que proviene de un bien aparente y de un mal real. En conclusión, dado que el bien espiritual es un bien real, la tristeza del bien espiritual es en sí misma mala.

Las cosas de este mundo pueden desearse desordenadamente, siendo, por tanto, malas para el sujeto, aunque en sí mismas sean buenas. Se presentan de ese modo como buenas, siendo en realidad malas. A la inversa ocurre cuando el sujeto está afectado por la acidia, porque los bienes espirituales se le presentan como males, por esto le producen tristeza. La acidia en sí misma es un mal, porque es una tristeza por un bien, aunque aparentemente se sienta como un mal.

También es un mal por su efecto principal el impedir obrar, ya que el abatimiento y hundimiento que se deriva de ello imposibilita la ejecución del bien espiritual. Esta tristeza de la acidia no es como resultado de un mal, como es el pecado, pero:

Incluso la tristeza que proviene de un mal real es mala en sus efectos cuando llega hasta el extremo de ser tan embarazosa que retrae totalmente al hombre de la obra buena. Por eso incluso San Pablo no quiere que el penitente: “Se vea consumido por la excesiva tristeza” (2 Cor. 2,7) del pecado. Por tanto, dado que la acidia, en el sentido de tristeza del bien espiritual, es doblemente mala: en sí misma y en sus efectos. Por eso es pecado la acidia, ya que en los impulsos apetitivos al mal lo llamamos pecado¹⁸.

Se tiene tristeza por haber cometido el mal del que ahora hay arrepentimiento. Sin embargo, después, una vez perdonado, como indica el Aquinate, debe terminar la tristeza y olvidarse del pecado. Hay que perdonarse a sí mismo, al igual que Dios, que ya lo ha perdonado. De no hacerlo así se impediría reemprender el camino del bien. La tristeza por el pecado, antes de su perdón, es una tristeza “según Dios”, como se dice en el texto de San Pablo, citado por Santo Tomás¹⁹.

Lo aprendido como mal siempre provoca tristeza. Cuando el mal es aparente, tal como ocurre con el bien espiritual, que exige el gozo, la tristeza es pecaminosa²⁰. La

¹⁸ Santo Tomás. *Suma Teológica*, II-II, q. 35, a. 1, in c.

¹⁹ 2 Cor 7,10.

²⁰ Cf. Santo Tomás. *Suma Teológica*, II-II, q. 35, a. 2, in c.



acidia, que es un pecado capital, no es lo mismo que la pereza, que algunos ponían en su lugar en la lista de los pecados capitales²¹.

El pecado de la acidia es contrario al gozo interno del amor a Dios. Como es obligatorio amar a Dios, también lo es hacer lo mandado por Dios mismo, y de hacerlo se sigue el gozo:

La acidia no es apartamiento mental de cualesquiera bienes espirituales, sino del bien divino, al que por necesidad debe unirse la mente. Por donde, si uno se contrista porque otro lo obligue a cumplir obras de virtud que no está en la obligación de hacer, no hay pecado de acidia; sino cuando se contrista de las cosas que hay que hacer inminentemente por Dios²².

El amor a Dios es un mandamiento y el primero del Decálogo. Efecto del amor divino es la alegría. En la acidia falta completamente y su lugar lo ocupa la tristeza. Es, por tanto, un desorden, un pecado.

El amor produce en el hombre la perfecta alegría. Sólo disfruta de veras el que vive en caridad. Quien anhela una cosa, no goza, ni sonrío, ni sosiega, hasta haberla conseguido. Y en cuanto a los bienes temporales ocurre que se apetecen mientras no se poseen, pero una vez alcanzados engendran tedio y repulsa. No sucede así con los espirituales, el que ama a Dios, tiene a Dios consigo, y su espíritu amante y deseoso descansa en Él: “quien permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él” (Jn. 4,16)²³.

El tedio o aburrimiento que causa la posesión de las cosas del mundo es semejante a la tristeza de la acidia. Indica Santo Tomás que:

Se lee en San Pablo: “La tristeza del siglo causa la muerte” (2 Co. 7,10). Tal es la acidia, ya que no es “tristeza según Dios” [“que engendra penitencia saludable”, añade San Pablo], la cual se distingue por oposición a la del siglo que causa la muerte. Por tanto, es pecado mortal²⁴.

En este texto del Aquinate, la acidia se hace equivalente a una tercera tristeza, la tristeza pesimista causada por las cosas de este mundo que, en cambio, parecen ofrecer la felicidad. Ratzinger, sobre esta paradójica y “misteriosa melancolía de este mundo”, o acidia mundana, como también la llama, observa que:

²¹ Cf. *Ibíd.*, II-II, q. 35, a. 2, ob 3.

²² *Ibíd.*, II-II, q. 35, a. 3, ad. 2.

²³ *Íd.*, *Collationes de duobus praeceptis caritatis et decem Legis praeceptis*, prol., III.

²⁴ *Íd.*, *Summa Theologiae*, II-II, q. 35, a. 3, sed c.



No hace mucho esta palabra podía parecer algo oscura, más aún, irreal, ya que daba a entender que los hijos de este mundo fueran mucho más alegres que los creyentes, quienes, atormentados por escrúpulos de conciencia, parecían excluidos del sereno placer de la existencia, e incluso un poco envidiosos miraban hacia los no creyentes, a quienes parecía abierto, sin ningún tipo de reflexión o de miedo, el entero jardín paradisíaco de la felicidad terrena. El gran éxodo de la Iglesia ha tenido ciertamente este fundamento, se quería ser libre de pesados límites, allí donde no sólo un árbol, sino casi todos los árboles del jardín parecían prohibidos. Parecía que sólo había libertad de alegría para los no creyentes. Para muchos cristianos de la edad moderna, el yugo de Cristo no parecía, en verdad, “ligero”; lo sentían como demasiado pesado, por lo menos como les venía propuesto por la Iglesia²⁵.

Esta tristeza que sigue a la posesión de los bienes finitos creados, considerados como bienes últimos y definitivos, es denominada por Ratzinger acidia o “pereza metafísica”²⁶, porque se tiene por lo que hay detrás, o más profundamente, de las apariencias de estos bienes relativos. Esta tristeza metafísica o acidia, en sentido amplio, añade, obedece a un motivo muy hondo. “La raíz más profunda de esta tristeza es la falta de una gran esperanza y la imposibilidad de alcanzar el gran amor”²⁷. Es innegable, nota también, que:

Hoy ya se han experimentado hasta la saciedad las promesas de libertad ilimitada, y empezamos a comprender de nuevo la expresión “melancolía de este mundo”. Las alegrías prohibidas pierden su esplendor en el momento en que ya no están prohibidas. Esas alegrías debían y deben ser radicalizadas y aumentadas cada vez más, apareciendo finalmente insípidas, porque todas ellas son limitadas, mientras que la llama del hambre de lo Infinito siempre permanece encendida. Y así hoy vemos, frecuentemente en el rostro de los jóvenes, una extraña amargura, un conformismo bastante lejano del empuje juvenil hacia lo desconocido²⁸.

La acidia puede tener un doble efecto sobre la acción. Puede llevar a retraerse de obrar, y en este sentido es parecida a la pereza. También puede impulsar a obrar, para evitar lo que produce tristeza, buscando erróneamente otros bienes desordenados o pecados, tal como también sugiere Santo Tomás al escribir:

La acidia, por la presión que ejerce sobre el ánimo, retiene al hombre de hacer cosas que causan tristeza. Sin embargo, también induce al ánimo a realizar o lo que se complace con la tristeza, como el llorar, o lo que la evita²⁹.

²⁵ J. Ratzinger. *Mirar a Cristo*, op. cit., p. 75.

²⁶ *Ibíd.* p. 77.

²⁷ *Ibíd.*, pp. 76-77.

²⁸ *Ibíd.* p. 76.

²⁹ Santo Tomás, II-II, q. 35 a. 4 ad 1.



3. LAS HIJAS DE LA TRISTEZA

Sobre estos artículos de la cuestión que dedica el Aquinate a la acidia, escribe Ratzinger, en el mismo lugar, que: “La actualidad de los análisis de Santo Tomás se hace, si es posible, todavía más manifiesta, si vemos lo que dice sobre las hijas de la acidia”³⁰. Santo Tomás, en efecto, recoge numerosos males nacidos de la acidia, nombrados por los Padres de la Iglesia, y que se descubren en el mundo actual, especialmente en el de los jóvenes.

El vicio capital tiene determinadas hijas. San Gregorio asigna a la acidia seis: “malicia, rencor, pusilanimidad, desesperación, indolencia, en lo tocante a los mandamientos, y la divagación de la mente por lo ilícito” (*Libros de Moral*, xxxi, c. 45)³¹.

Respecto a la primera lista de seis desviaciones pecaminosas derivadas de la acidia de San Gregorio Magno (540-604), comenta Santo Tomás:

San Gregorio asigna correctamente las hijas a la acidia. Porque, como dice Aristóteles: “nadie por largo tiempo puede permanecer con tristeza y sin placer” (*Ética*, VIII, 5, 2); es menester que de la tristeza nazca algo doblemente: que el hombre huya de lo contristante y que pase a aquello de que toma placer, lo mismo que quienes, no pudiendo gozar las espirituales delicias, se enfangan en las del cuerpo, en sentir de Aristóteles (*Ética*, X, 6, 4).

Desde este principio, Santo Tomás justifica deductivamente las seis hijas de la acidia nombradas por San Gregorio. Pueden entenderse derivadas tanto de la acidia en sentido amplio, o “tristeza del siglo” o del mundo, como de la tristeza en sentido estricto, como de la tristeza por los bienes espirituales. Comienza con la desesperación, que ocupa el cuarto lugar:

Este proceso se observa en la huida de la tristeza, pues en primer lugar rehuye el hombre lo contristante y después aún impugna lo que causa tristeza. Los bienes espirituales de que se entristece la acidia son fin y conducentes al fin. La fuga del fin se realiza con “la desesperación”³².

En nuestros días, es difícil negar que el ateísmo moderno, el agnosticismo e indiferentismo posmoderno hayan llevado a la desesperación que produce los males del paganismo. Desde ella el hombre se entrega sin orden e íntegramente a la aparente y caduca felicidad del mundo, que le produce, en realidad, la “melancolía de este mundo”

³⁰ J. Ratzinger. *Mirar a Cristo*, op. cit., pp. 80-81.

³¹ Santo Tomás, II-II q. 35 a. 4 ad 1.

³² *Ibid.*, II-II q. 35 a. 4 ad 2.



o “la pereza del corazón”³³, una tristeza metafísica, muy presente en la filosofía, en la literatura, en el arte y en la cultura en general. En el mundo contemporáneo, como ha advertido igualmente Ratzinger:

Todo lo que se puede esperar ya se conoce y todo amor desemboca en la desilusión por la finitud de un mundo, cuyos enormes substitutos no son sino una mísera cobertura de una desesperación abismal. Y así la verdad de que la tristeza del mundo conduce a la muerte es cada vez más real³⁴.

No solamente el versículo de San Pablo, “la tristeza del siglo causa la muerte”³⁵, citado por Santo Tomás³⁶, parece que hace mucho tiempo que se está cumpliendo, sino también el aviso bíblico “si comes de él (el árbol de la ciencia del bien y del mal) morirás”³⁷. Observa Ratzinger que, en este sentido:

Hoy existe un extraño odio del hombre contra su propia grandeza. El hombre se ve a sí mismo como el enemigo de la vida, del equilibrio de la creación; se ve como el gran perturbador de la paz de la naturaleza, aquel que hubiera sido mejor que no hubiese existido, la criatura que ha salido mal. Su liberación y la del mundo consistiría en el destruirse a sí mismo y al mundo, en el hecho de eliminar el espíritu, de hacer desaparecer lo específico del ser humano, de forma que la naturaleza retorne a su inconsciente perfección, a su propio ritmo y a su propia sabiduría del morir y transformarse³⁸.

En esta actitud, el hombre ha perdido la confianza en sí mismo, hasta tal punto que su acidia, tristeza en sentido amplio o pereza metafísica, ha quedado identificada con una “pseudo-humildad”, por la que: “el hombre no quiere creer que Dios se ocupe de él, que le conozca, le ame, le mire, le esté cercano”³⁹. Añade que:

Al inicio de este camino estaba el orgullo de “ser como Dios”. Era preciso desembarazarse del vigilante Dios para ser libres; hacerse Dios proyectado en el cielo y dominar como Dios sobre toda la creación. Y así surgió una especie de espíritu y voluntad, que estaban y están en contra de la vida, y son dominio de la muerte. Y cuanto más se siente este estado, tanto más el inicial propósito se vuelve en su propio contrario y permanece prisionero del mismo punto de partida: el hombre que quería ser el único creador de sí mismo y subir a

³³ J. Ratzinger. *Mirar a Cristo*, op. cit., p. 75.

³⁴ *Ibid.*, p. 77.

³⁵ 2 Co. 7,10.

³⁶ Cf. Santo Tomás. *Summa Theologiae*, II-II q. 35, a. 3, sed c.

³⁷ Gén. 2, 17.

³⁸ J. Ratzinger. *Mirar a Cristo*, op. cit., pp. 77-78.

³⁹ *Ibid.*, p. 77.



la grupa de la creación con una evolución mejor, por él pensada, acaba en la autonegación y en la autodestrucción. Se da cuenta de que sería mejor que no existiese⁴⁰.

La acidia según la lista de sus “hijas”, dada por San Gregorio, continúa explicando Santo Tomás, lleva también a los males, colocados en tercero y quinto lugar, la pusilanimidad, o falta de ánimo para arrastrar dificultades, y a la indolencia, el abandono o descuido de lo preceptuado para el bien.

La huida de los bienes conducentes al fin, sobre los cuales recaen los consejos, si son arduos, la lleva a cabo “la pusilanimidad”; si atañentes a la justicia común, la “indolencia en los preceptos”⁴¹.

Son también actitudes pecaminosas que se pueden encontrar en el hombre de hoy y en la juventud, los más débiles frente a los males. Respecto a la pusilanimidad comenta Ratzinger que se llega a un resultado parecido a la desesperación. Explica que:

En la historia de Israel, como la cuentan los Libros Sagrados (...) Israel encuentra su elección demasiado pesada, andando continuamente junto a Dios. Se prefiere volver a Egipto, a la normalidad, y ser como todos los otros. Esta rebelión de la pereza humana contra la grandeza de la elección es una imagen de la sublevación contra Dios, que vuelve cíclicamente en la historia y cualifica, de modo particular, precisamente a nuestra época. Con este intento de quitarse de encima la obligación de elegir, el hombre no se rebela contra cualquier cosa. Si para él este ser amado por Dios está demasiado lleno de pretensiones, se convierte en una modestia indeseada, entonces se subleva contra su propia esencia. No quiere ser lo que es como criatura concreta⁴².

Tampoco es extraño, en nuestro mundo, que además de la “indolencia de los preceptos”⁴³, la quinta hija de la acidia –por la que se abandona o descuida “todo lo que resulta necesario para la salvación”, todo tipo de moral–⁴⁴, se dé el “rencor” u hostilidad contra los que caminan hacia los bienes espirituales, el segundo de los efectos de la lista de San Gregorio Magno. Se siente resentimiento contra ellos, como si ofendieran o hicieran algún daño. Escribe Santo Tomás:

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 78.

⁴¹ Santo Tomás. *Summa Theologiae*, II-II q. 35 a. 4 ad 2.

⁴² J. Ratzinger. *Mirar a Cristo*, op. cit., pp. 78-79.

⁴³ Santo Tomás. *Summa Theologiae*, II-II q. 35 a. 4 ad 2.

⁴⁴ J. Ratzinger. *Mirar a Cristo*, op. cit., p. 82



La impugnación de los bienes espirituales, que contristan a veces, se ejerce sobre los hombres que se encaminan a ellos, y cristaliza en el “rencor”; a veces se siente en los mismos bienes espirituales, abocando en su detestación por “malicia” rigurosa⁴⁵.

El ataque a los bienes espirituales, que en la desgana y apatía del que ha caído en la acedia siente como tristes, puede convertirse en malicia, o la búsqueda encubierta del daño a estos bienes, a los que se siente aversión, a una perversidad depravada. En definitiva, se llega a una “malicia rigurosa”, la primera de las hijas de la acidia. En su glosa escribe Ratzinger:

El rencor es el descontento fundamental del hombre consigo mismo, que se venga, por decirlo así, en el otro, porque del otro no me llega lo que sólo se me puede conceder con una apertura de mi alma. Hoy se puede observar de varias formas incluso en la misma Iglesia: en último término depende siempre de no querer de la Iglesia lo que ella tiene para comunicar: la gracia de los hijos de Dios; consecuentemente se considera insuficiente todo lo que la Iglesia ofrece, de forma que una desilusión sigue a la otra⁴⁶.

Esta hostilidad, que llega muchas veces al resentimiento, explicaría ciertas actitudes anticristianas que se manifiestan, en parte, en algunos sectores culturales del mundo de hoy que, como toda la modernidad, tienen, en último término, un origen cristiano. Es frecuente que el abandono de anteriores convicciones lleve al rencor. De manera que, como añade Ratzinger:

Afin a esta actitud es el odio del apóstata, que ha arrojado lejos de sí mismo el peso de la vocación cristiana y se ha procurado un significado a la vida, aparentemente más simple que el de la existencia cristiana. Y les describirá ese nuevo significado a los demás como el verdadero contenido del mensaje cristiano, porque nadie puede soportar considerarse a sí mismo como un apóstata. Pero de esta forma nace un odio siniestro a todo aquello que le recuerde la verdadera grandeza del mensaje. Todo le despertará su propia conciencia y le hará dudar de la justificación en la que se ha refugiado, después de haber perdido la fe. La conciencia ha sido pisoteada, y ahora se debe pisotear también todo lo que le dio voz a esa conciencia. En un sentido general podríamos decir que el hombre que se niega a su grandeza metafísica, es un apóstata de la divina vocación de la humanidad⁴⁷.

También se advierte en los hombres de nuestra época, y manifiestamente en los más jóvenes, lo que finalmente afirma Santo Tomás sobre la sexta y última hija de la acidia, nombrada por San Gregorio Magno:

⁴⁵ Santo Tomás. *Summa Theologiae*, II-II q. 35 a. 4 ad 2.

⁴⁶ J. Ratzinger. *Mirar a Cristo*, op. cit., p. 82.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 82-83.



Y con respecto a la caza de placeres exteriores, impulsado por la tristeza, se da por hija de la acidia a la “divagación de la mente por lo vedado”⁴⁸.

Por la falta de alegría espiritual es igualmente notable, en la actualidad, la insistencia en tratar de manera vaga e imprecisa temas generalmente ilícitos moralmente. En su glosa a esta deducción de las “hijas” de la acidia de Santo Tomás, y su aplicación a la acidia en sentido amplio o tristeza de este mundo, Ratzinger comenta que:

Del seno del afectado por la acidia, alejado de la grandeza del hombre amado de Dios, nace la *evagatio mentis*, el espíritu vagabundo, porque –así dice Tomás– “ningún hombre puede habitar en la tristeza” (*De malo* 11, 4). Pero si el fondo del alma es la tristeza, se llega necesariamente a una continua huida del alma de sí misma, a una profunda inquietud. El hombre tiene miedo de estar sólo consigo mismo, pierde su centro, se convierte en un vagabundo intelectual, que siempre se está alejando de sí mismo. Síntomas de esa inquietud vagabunda del espíritu son la verbosidad y la curiosidad. El hombre al hablar huye del pensamiento. Y puesto que se le ha quitado la visión hacia lo infinito, busca insaciablemente sustitutos⁴⁹.

Se llega así a una paradoja. La acidia, en sentido estricto y en sentido amplio, lleva a la pereza, que es “algo mucho más profundo que la simple pereza”⁵⁰. La acidia:

Puede coexistir con una gran actividad. Su esencia es la huida de Dios, el deseo de estar sólo consigo mismo y con la propia finitud, de no ser molestado por la cercanía de Dios⁵¹.

Igualmente, el pensador argentino Alberto Caturelli había advertido, al estudiar el trabajo desde la perspectiva metafísica, que el mal de la acidia conduce a lo que llama la “pereza activa”, aunque parezca paradójico:

Un mundo inmanente a sí mismo solamente produce un activismo seco y desesperante al que llamo pereza activa pues es amargura y huida de la vida interior donde se contempla el bien espiritual, y alocado movimiento productor de bienes físicos, de confort y de desmemoria de sí. Es frecuente contemplar en el mundo del trabajo el hombre que corre y se afana, que se des-vive reloj en mano, poseído por la pseudo-mística del trabajo, obsesionado por las horas de la diaria ocupación y a la espera de las pausas que se convierten en tiempo vacío. De ahí la mutua implicancia de trabajo absolutizado y pereza activa⁵².

⁴⁸ Santo Tomás. *Summa Theologiae*, II-II, q. 35, a. 4, ad 2.

⁴⁹ J. Ratzinger. *Mirar a Cristo*, op. cit., p. 81.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 75.

⁵¹ *Ibid.*, p. 78.

⁵² A. Caturelli (1982). *Metafísica del trabajo*. Buenos Aires: Librería Huemul, pp. 151-152.



Por último, Santo Tomás advierte que relacionadas con la divagación están otras cuatro hijas de la acidia, indicadas por San Isidoro de Sevilla (560-636). La divagación o dispersión a que lleva la acidia se manifiesta en otros comportamientos, cuya actualidad no parece necesario comentar:

Por estar asentada en el castillo del alma, que desea derramarse sin concierto por lo más diverso, se llama “inestabilidad del alma”; que si toca en el conocer, se llama “curiosidad”, y si en hablar, “verbosidad”, mas, si zarandea el cuerpo, no dejándolo parar en lugar alguno, se denomina “inquietud corporal”, indicando con los movimientos descompasados de sus miembros la divagación mental, que si lo deja campar por diferentes lugares, se llama “inestabilidad”, que también puede tomarse por la volubilidad del propósito⁵³.

4. LA EDUCACIÓN PERSONALIZADA

Al reto del paganismo, fruto de sus tristezas, por los bienes del mundo y por los bienes espirituales o trascendentes que causan seis males –la desesperación, la pusilanimidad, la indolencia, el rencor, la malicia y la divagación de la mente– puede responderse como hizo San Cipriano y los cristianos del siglo III, con el amor, con el amor en sentido pleno o caridad cristiana. El cardenal John Henry Newman (1801-1890), proclamado Venerable en 1997 y cuya causa para su beatificación está abierta, en una de sus dos novelas históricas, *Calixta* –ambientada en el siglo III, en un mundo lleno de paganismo, en el que viven los cristianos perseguidos por él, pero que intentan salvar–, San Cipriano, uno de los protagonistas, le dice a la griega pagana Calixta:

Estamos todos en la misma situación que tú. Nos falta amor por Él que vive para siempre y amamos las cosas que no duran, las que se acaban. Por eso mismo Aquél al que tenemos que amar ha decidido recuperarnos para Él, y por eso ha venido Él al mundo, al mundo que es suyo y ha venido tomando forma humana, haciéndose como nosotros los hombres. Y, siendo hombre, nos abre los brazos, nos hace la corte, para que volvamos a Él, nuestro creador. Ahí lo tienes Calixta: Ése es nuestro Amor, a Ése damos culto⁵⁴.

El obispo Cipriano –por quien Newman sentía una especial simpatía y devoción, probablemente porque se convirtió como él pasados los cuarenta años e igualmente ordenado inmediatamente sacerdote católico–, frente al paganismo, añade, en el diálogo, la especial valoración que hay en el cristianismo por la individualidad de cada hombre, por su carácter y dignidad personal, por ser un hombre único e irrepetible, ya que se cree que:

⁵³ Santo Tomás. *Summa Theologiae*, II-II q. 35 a. 4 ad 3.

⁵⁴ J. H. Newman (1988). *Calixta Retazos del siglo tercero*. Introd., trad. y notas de V. García Ruiz, Madrid: Ediciones Encuentro, p. 199.



No hay más que un Amor, y nos ama, a cada alma, como si no hubiera nadie más a quien amar. Murió por cada uno como si no hubiera nadie más por quien morir. Murió afrentosamente en una cruz. *Amor meus crucifixus est*, mi amor está en una cruz. El amor que Él inspira es duradero porque es el Amor de quien no cambia, satisface porque es inagotable; cuanto más nos acercamos a él con más fuerza se mete él dentro de nosotros. Cuanto más habita Él en nosotros con tanta más intimidad le poseemos. Es un esponsal eterno. Por eso nos es tan fácil morir por nuestra fe, cosa que asombra al mundo. ¿Por qué no te acercas a Él? ¿Por qué no dejas la criatura por el Creador?⁵⁵

Las propuestas que se pueden hacer a la educación católica para que cumpla mejor sus objetivos de contribuir a la misión salvífica de la Iglesia en este mundo paganizado y, con ello, de humanizarlo, han sido reiteradamente indicadas por la Iglesia, al recordar que:

Las tareas se polarizan en la síntesis entre cultura y fe, y entre fe y vida; tal síntesis se realiza mediante la integración de los diversos contenidos del saber humano, especificado en las varias disciplinas, a la luz del mensaje evangélico, y mediante el desarrollo de las virtudes que caracterizan al cristiano⁵⁶.

Juan Pablo II, en la *Constitución apostólica «Ex Corde Ecclesiae»*, indicó además, refiriéndose a la institución universitaria católica, pero que es aplicable a todos los ámbitos educativos, y citando a Newman, que:

Es un honor y una responsabilidad de la Universidad Católica consagrarse sin reservas a la causa de la verdad. Es ésta su manera de servir, al mismo tiempo, a la dignidad del hombre y a la causa de la Iglesia, que tiene «la íntima convicción de que la verdad es su verdadera aliada (...) y que el saber y la razón son fieles servidores de la fe» (John Henry Cardenal Newman, *The Idea of a University*, p. xi, Londres: Longmans, Green and Company, 1931). Sin descuidar en modo alguno la adquisición de conocimientos útiles, la Universidad Católica se distingue por su libre búsqueda de toda la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios. Nuestra época, en efecto, tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de *proclamar el sentido de la verdad*, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre⁵⁷.

La valoración de la persona, indicada por San Cipriano, por estar implícita y en la base de estas propuestas, sería otra más fundamental. Según esta primera propuesta básica, se afirma y defiende la dignidad de cada hombre en su individualidad, porque el término *persona* significa lo más individual, lo más propio de cada hombre, lo más

⁵⁵ *Ibid.*, p. 200.

⁵⁶ Congregación para la Educación Católica. *La escuela católica*, op. cit., p. 37.

⁵⁷ Juan Pablo II. *Constitución apostólica Ex Corde Ecclesiae, sobre las universidades católicas*, 15-8-1990, n. 4. Cf. Juan Pablo II. *Constitución apostólica «Sapientia Christiana», sobre las universidades y facultades eclesíásticas*, 15-4-79; y J. Newman (1996). *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*. Pamplona: EUNSA.



incomunicable, o lo menos común, lo más singular. Por expresar esta individualidad, el término *persona* no tiene el mismo significado que el de *hombre*. En el lenguaje corriente, el término *persona* se emplea como equivalente al de *hombre*. Es una utilización correcta, porque todo hombre es persona. Sin embargo, el nombre *persona* significa a cada uno de los hombres en su individualidad propia, que no está incluida en acto en la esencia humana universal, que es la que significa la palabra *hombre*.

A cada hombre en su propia individualidad es al que Dios ama, según palabras del obispo mártir. El amor de Dios es personal y cada persona debe corresponder a Él individual o personalmente.

5. LA EDUCACIÓN, ÚTERO ESPIRITUAL DE LA PERSONA

En el orden creado, el amor personal más pleno se da en la familia. En la sociedad familiar es donde la persona se siente amada por sí misma, cuidada y acogida, independientemente de sus cualidades o características esenciales, por las que es valorada en otros espacios sociales, como los profesionales, económicos, políticos, etc. Es en la familia donde cada hombre se siente querido propiamente como persona, en su misma individualidad.

La familia, a través de estas relaciones personales, es el primer ámbito de la dimensión social humana. La condición familiar de la persona posibilita la apertura de cada hombre a toda la sociedad. Enseñaba Santo Tomás, que:

El matrimonio fue instituido principalmente para el bien de la descendencia, no sólo para engendrarla, ya que eso puede verificarse también fuera del matrimonio, sino además para conducirla a un estado perfecto (...) Dos perfecciones podemos considerar en la descendencia: la perfección de la naturaleza, no sólo en cuanto al cuerpo, sino también respecto del alma, mediante aquellas cosas que pertenecen a la ley natural, y la perfección de la gracia⁵⁸.

Según estas palabras, la labor educativa de la familia –que como toda educación debe llevar a la integridad o perfección del educando– tiene que realizarse en las tres vertientes, necesarias para el bien del hombre, para su perfección o felicidad: física o corporal, cultural –que es principalmente la moral– y religiosa. Esta triple misión educativa es tan natural como la gestación, el tiempo que la madre lleva en sí al hijo antes de que nazca. Incluso el Aquinate la compara con ella.

El hijo (...) En un primer momento no se distingue corporalmente de sus padres, cuando se halla en el vientre de su madre. Después, cuando ha salido del útero materno,

⁵⁸ Íd. *Summa Theologiae* Suppl. q. 59 a. 2 in c.

antes del uso de razón está bajo el cuidado de sus padres, como contenido en un útero espiritual⁵⁹.

Podría prolongarse esta comparación de la familia con el claustro materno con lo que deberían ser todas las instituciones educativas, y especialmente las católicas, porque continúan la labor educadora integral de la familia en todas sus vertientes, incluida la que enseña al hombre a recibir y a vivir con la gracia de Dios. Por naturaleza, la familia es la que educa al hombre, ya que en ella nace y en ella vive. Sobre la educación del niño escribe el Aquinate:

En la regeneración carnal no son necesarios más que el padre y la madre. Mas para que el parto sea feliz y el desarrollo del niño conveniente, se precisa una comadrona, una nodriza y un pedagogo⁶⁰.

La función nutritiva y la de los cuidados físicos han sido siempre propias de la familia. Con el desarrollo de la cultura, la familia no ha podido realizar las otras funciones educativas, principalmente las intelectivas. De ahí que haya sido necesario el pedagogo, o las instituciones educativas, que facilitan y organizan su labor educativa. La educación sería, por tanto, una prolongación del útero espiritual que es la familia. La educación debería cumplir la función propia de proporcionar un útero espiritual, un lugar donde debe continuar desarrollándose toda la vida espiritual de la persona.

En estos momentos de crisis de la familia, que causa muchas de las crisis de la sociedad, el papel de la educación es todavía más importante. Cuando la familia parece perder su identidad y se notan las consecuencias desastrosas que afectan a la educación de los niños, de los adolescentes, de los jóvenes y, en definitiva, de toda la sociedad, las instituciones educativas deben suplir muchas de sus funciones, pero especialmente la del amor familiar o personal. Ésta sería otra propuesta fundamental –la segunda–, que deriva de la anterior.

Si la familia disminuye, o deja de ser, el ámbito de la nutrición espiritual, que permite y ayuda a crecer en la virtud y en la vida espiritual del hombre, la educación que recibe tiene que suplirla. Lo que sería absurdo es que, si faltara o disminuyera la función educativa de la familia, no sólo no la reemplazara la institución educativa, sino que también renunciara a la suya propia, que es imprescindible y esencial. Aunque estrictamente nadie puede sustituir a la familia en la educación de las personas, sí que la educación de los centros educativos debe intentar ampliar sus funciones, si aquélla deja de cumplirlas.

⁵⁹ *Ibíd.*, II-II q. 10 a. 12 in c.

⁶⁰ Santo Tomás. *Summa Theologiae*, III, q. 67 a. 7 ad 2.



La formación de estos establecimientos educativos en estos momentos, y sobre todo en los católicos, que defienden como tales el valor del matrimonio y de la familia, por tanto, es subsidiaria de gran parte de la educación familiar. Por ello, deben ser ámbitos de amor personal, deben ser como una verdadera familia, unida por lazos personales y afectivos. Es su responsabilidad subsidiaria actual.

Debe advertirse que esta misión personalista de ambientación y obrar familiar, en la que tienen un papel destacado el afecto y la comprensión individualizados o personalizados, no implica la renuncia ni la disminución de la transmisión de la ciencia y de la sabiduría, frutos de la razón. La educación católica siempre tiene en cuenta, como ha recordado Benedicto XVI, en su segunda encíclica, que:

La razón es el gran don de Dios al hombre, y la victoria de la razón sobre la irracionalidad es también un objetivo de la fe cristiana. Pero ¿cuándo domina realmente la razón? ¿Acaso cuando se ha apartado de Dios? ¿Cuándo se ha hecho ciega para Dios? La razón del poder y del hacer ¿es ya toda la razón? Si el progreso, para ser progreso, necesita el crecimiento moral de la humanidad, entonces la razón del poder y del hacer debe ser integrada con la misma urgencia mediante la apertura de la razón a las fuerzas salvadoras de la fe, al discernimiento entre el bien y el mal. Sólo de este modo se convierte en una razón realmente humana. (...) Digámoslo ahora de manera muy sencilla: el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza⁶¹.

Además de la racionalidad en la educación familiar, que se necesita impartir en los centros educativos cristianos, tampoco puede faltar la enseñanza de la fe. En su magisterio, Benedicto XVI ha insistido mucho en la importancia de la razón no sólo para toda la vida humana, sino también para la fe. De ahí el valor que da a “Santo Tomás de Aquino, gran doctor de la Iglesia”, que debe continuar teniendo el carácter modélico en la educación cristiana, entre otros motivos, porque:

Con su carisma de filósofo y de teólogo, ofrece un valioso modelo de armonía entre razón y fe, dimensiones del espíritu humano que se realizan plenamente en el encuentro y en el diálogo entre sí. Según el pensamiento de Santo Tomás, la razón humana, por decirlo así, “respira”, o sea, se mueve en un horizonte amplio, abierto, donde puede expresar lo mejor de sí. (...) La relación entre fe y razón constituye un serio desafío para la cultura actualmente dominante en el mundo occidental (...) urge redescubrir de modo nuevo la racionalidad humana abierta a la luz del *Logos* divino y a su perfecta revelación, que es Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre. Cuando es auténtica, la fe cristiana no mortifica la libertad y la razón humana (...) La fe supone la razón y la perfecciona, y la razón, iluminada por la fe, encuentra la fuerza para elevarse al conocimiento de Dios y de las

⁶¹ Benedicto XVI. *Spes salvi*, n. 23.



realidades espirituales. La razón humana no pierde nada abriéndose a los contenidos de la fe; más aún, esos contenidos requieren su adhesión libre y consciente⁶².

En esta razón abierta a la racionalidad trascendente a la razón humana –pero en continuidad con ella–, de la fe, se apoyaba siempre el valenciano universal, San Vicente Ferrer (1350-1419), “fiel discípulo de Santo Tomás de Aquino, amante incondicional de la Iglesia, defensor del papado”⁶³, en la época en que nacía el neopaganismo actual, con las semillas de su desesperación y acidia. Igualmente reconocía la utilidad del pensamiento tomista para la educación del hombre moderno, porque sostenía San Vicente que:

Santo Tomás fue especialmente enviado por Dios para iluminar el mundo universal con su claridad de ciencia. No se ha encontrado a nadie semejante a él en la gloria, que tuviera en su doctrina tanta autoridad y claridad⁶⁴.

San Vicente Ferrer, como “estudioso responsable (...) profesor competente y predicador de masas, que arrolla con su oratoria, honda por su doctrina y popular por sus manifestaciones”⁶⁵, puede considerarse como un ejemplo próximo y concreto de la “grave” misión de la educación católica en el necesitado mundo de hoy.

⁶² Benedicto XVI. *Ángelus*, 28 de enero de 2007.

⁶³ S. Fuster Perelló O.P. (2004). *Timete Deum. El anticristo y el final de la historia según San Vicente Ferrer*. Valencia: Delegación de Cultura del Ajuntament de València, p. 284.

⁶⁴ San Vicente Ferrer. *Sermones. En la fiesta Santo Tomás*, en J. M. de Garganta y V. Forcada (1956). *Biografía y escritos de San Vicente Ferrer*. Madrid: BAC, p. 706.

⁶⁵ S. Fuster Perelló O.P. (2004). *Timete Deum. El anticristo y el final de la historia según San Vicente Ferrer*, op. cit., p. 284.

